



UNIVERSIDAD
Finis Terrae

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE
FACULTAD DE ARTE
ESCUELA DE ARTES VISUALES

NI DE ACÁ, NI DE ALLÁ:
LA MUERTE PERCIBIDA A TRAVÉS DE LA MIGRACIÓN

DANIELA GUADALUPE LÓPEZ BADILLO

Ensayo crítico presentado a la Escuela de Artes Visuales de la Universidad Finis
Terrae para optar al grado de Licenciado en Artes Visuales, Mención Pintura.

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Pavez Miranda
Profesor Guía Preparación de Tesis: José Tomás Fontecilla Palma

Santiago, Chile
2023

Para mis dos ángeles, porque son mi alma entera.

Para mi papá, porque eres todo mi corazón.

Para mi hermano, porque eres mi orgullo.

Para Tachito, porque eres mi amor.

Para cada uno de mis amores, porque son mi alegría.

Para México, porque eres mi casa.

Para Chile, porque eres mi hogar.

Para mi madre, porque eres indudablemente mi vida entera.

Para ti

Dani

ÍNDICE

Portada.....	1
Resumen y palabras clave.....	3
Ni de acá, ni de allá: la muerte percibida a través de la migración.....	4
La muerte.....	9
<i>El Otro</i>	17
La migración como muerte.....	24
Bibliografía.....	33

ÍNDICE DE IMÁGENES

- Fotografía de la alfombra en México.....30

RESUMEN

La muerte es un tema que instintivamente evitamos ya que genera angustia y temor por no tener respuesta acerca de lo que sigue después de ésta. Es a partir de la muerte física y espiritual así como de mi experiencia como migrante, que emerge otra perspectiva; la muerte emocional, la cual se centra en el Otro y considera que morir es el resultado de un cambio.

Para responder a la interrogante de si es posible morir estando con vida, en este ensayo, se plantea a la migración como muerte emocional por ser un proceso de cambio en donde surge un vacío en la identidad del migrante, obligándolo a vivir en un eterno limbo al desprenderse de sus raíces y tener que adaptarse a su nueva vida.

PALABRAS CLAVE:

Muerte, *Otro*, migrante, limbo, duelo, identidad.

NI DE ACÁ, NI DE ALLÁ: LA MUERTE PERCIBIDA A TRAVÉS DE LA MIGRACIÓN

—“No nos iremos- dijo-. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo.

—Todavía no tenemos un muerto — dijo él —.

Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra.

Úrsula replicó, con una suave firmeza:

—Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me muero.”

(Márquez, 1967, p. 24).

Lo único que el ser humano tiene asegurado en la vida es la muerte, la cual ha sido motivo de diferentes reflexiones dada la inquietud que ha atormentado a la humanidad sobre el más allá. Cuando se habla de morir, en la época actual, el principal enfoque es el de un cuerpo inerte comenzando a descomponerse, o nos imaginamos con una aureola frente a las puertas doradas del cielo esperando ser abiertas para encontrarnos con Dios.

Más allá del concepto tradicional que se tiene de la muerte, cabe preguntarse: ¿El duelo ante una pérdida de cualquier naturaleza, puede ser considerado como una muerte? Y en caso de serlo, ¿qué clase de muerte sería? ¿Yo puedo decir “estoy muerto” en tiempo presente o tal afirmación solo es posible por parte de un tercero? ¿Es posible morir estando vivo? ¿Migrar puede ser sinónimo de morir?

Para asociar la muerte con la migración, la tesis central del presente ensayo considera el proceso del migrante como un generador de permanente vacío, en el cual termina perdiendo fragmentos de su identidad, convirtiéndolo así, en un nuevo ente en constante duelo luchando por pertenecer e insertarse sin éxito. Esto conlleva a dejar de concebir la muerte solo como aquel instante sorpresivo que detiene el funcionamiento del cuerpo y más como algo siempre latente y al asecho.

De esto se desprende el objetivo general: reflexionar en torno a la migración como un tipo de muerte, en el cual se concibe la situación de abandonar el lugar de origen e

insertarse en uno nuevo como una pérdida, considerando las consecuencias que el cambio y el luto permanente tienen sobre la identidad del migrante.

Para profundizar en este planteamiento es necesario desarrollar específicamente los siguientes objetivos:

-Relacionar lo que señala Emmanuel Lévinas con respecto a *la responsabilidad hacia el Otro* con el sentido de pérdida, sea de cualquier naturaleza para identificar a qué o quién se refiere este término.

-Analizar a partir de la propia experiencia, distintos componentes para enfocar la muerte desde otra perspectiva, así como identificar las características de este tipo de duelo y pérdida.

-Asociar el término *limbo* con el luto que se produce al dejar el lugar de origen para responder ¿por qué migrar es morir?

Querer trascender o permanecer es una característica de la naturaleza humana. El término *alma* brinda una especie de consuelo pues, acrecentada por la creencia de cualquier religión, asegura un tipo de vida eterna en algún paraíso o la extensión de ésta a través de la reencarnación. Es la noción de vacío o la nada al enfrentarse a la muerte la que genera angustia y una sensación de impotencia ante lo inevitable pues la vida misma es un constante recordatorio de la muerte abriéndose paso.

Ahora bien, ¿por qué enfocarnos en la migración cuando cualquier cosa podría ser considerada como una muerte?, a lo largo de este ensayo plantearemos el cambio como tal por medio de situaciones comunes que van desde la muerte de una persona, mudarse de casa, de escuela o trabajo, finalizar amistades o relaciones, entre muchos otros escenarios en los que, si existe un duelo es debido a la existencia de alguna clase de muerte. El cambio significa dejar de ser lo que es por más mínimo que este sea, no obstante, hay niveles en cuanto a estos que conllevan un luto o duelo correspondiente.

Hace tiempo, una serie de cambios me llegaron de golpe y aprendí a la mala lo traumático de una pérdida por enfermedad, así como acepté de mejor forma la partida que conlleva el curso natural de la vida, sin embargo, comenzó mi angustia y miedo por la muerte, sin referirme a la propia sino a la de mi entorno, pues afronté la despedida y ausencia al conocer la frialdad de un cuerpo en descomposición, su olor, al verme

reflejada en miradas que ya no me veían de vuelta, sentí la falta del calor que envuelve a unas manos vivas, la textura plástica del cabello de un difunto, así como descubrí que la piel puede ser de cera y tener colores peculiares característicos del fin, derramé tantas lagrimas al presenciar solo descomposición y el silencio del vacío dentro de algo que se parecía a quien alguna vez me amó, eso me asustó.

De un momento a otro fui conociendo la muerte y no podía hacer nada más que ver como esta se llevaba en todas sus formas lo que quise; fue cuando, y sin saberlo, este concepto de “lugar” como un ente y fuente de pena tomó fuerza mientras todo a mi alrededor perecía.

Pasé de habitar una casa ajetreada y estar llena de rutinas, acompañada de día a noche por mis dos eternas compañías, así como tener responsabilidades y ambiciones; a forzosamente tener que crecer lo más rápido posible, cuidarme y atravesar todo duelo sola aprisionada en el vacío contenido dentro de las paredes de una ruina helada, solitaria y polvorienta –antes mi hogar– y misma razón por la que tuve que partir debido a que se encarga de recordarme lo perdido y añorado rodeado de un aura de tristeza cada que pongo un pie en ella. El estrés post traumático de experimentar diversas muertes en un lapso muy reducido me llevó a una locura, paranoia y profunda depresión que me acompañan hasta hoy.

Provengo del segundo país más religioso del mundo con aproximadamente 110 millones de católicos y mi corazón no se vio aliviado por los ritos funerarios que conlleva una muerte desde la espiritualidad, cuyas intenciones eran reconfortarme: las frases “Dios sabe por qué hace las cosas o “así Él lo quiso” repetidos como un mantra solo acrecentaban el hueco, el enojo y prolongaban mi luto al no tener respuestas acerca del ¿por qué? ¿para qué? y ¿ahora qué? Poco a poco fui asimilando que detrás de cada pérdida –sea de cualquier tipo– hay un luto que conlleva un duelo; lo comprendí cuando experimenté la siguiente pena de esta naturaleza, por lo que llamo, mi *mexicanidad* ¿Existe para esto, una clase de alivio?

Dejar el lugar de origen consiste en un acto de valentía, pues requiere todo el esfuerzo, disposición y medios para poder arrancar las raíces y echarlas a crecer en otra parte. Al migrar despiertan los miedos y se inicia una batalla de emociones en medio de un choque

de realidades entre lo que se deja y lo que comienza –sin mencionar las razones por las cuales se está migrando–, mismas que conllevan a una pérdida significativa en el individuo y en el nuevo *ser* en el que se convertirá. Es este *limbo* en el que se balancea el viajero, es el que a lo largo de este ensayo desarrollaremos como generador de la sensación de extrañeza, vacío y luto del migrante con respecto a su entorno y por lo tanto a su identidad.

De igual forma, insertarse en un nuevo sitio lleno de vistas, olores, sonidos, gente, costumbres y lugares desconocidos puede ser extremadamente duro y desafiante. En mi travesía, a pesar de hablar el mismo idioma no entendía palabra alguna, yo era como Gabriel García Márquez describe en *Cien años de soledad* (1967) a Aureliano, hijo de José Arcadio Buendía al nacer, lo hizo con ojos abiertos de par en par llenos de curiosidad. “Mientras le cortaban el ombligo movía la cabeza de un lado a otro reconociendo las cosas del cuarto, y examinaba el rostro de la gente con una curiosidad sin asombro” (Márquez, 1967, p. 25).

Cuando llegué a Chile lo hice como turista y fue cuando abracé lo más fuerte que pude mi *mexicanidad*, lo más cercano que tenía a mi hogar. Como un bebé dando sus primeros pasos me tambaleaba dentro de ese eterno viaje en un trayecto hacia lo desconocido, lo que Édouard Glissant (2017) llama “*la barca*”, pero la realidad me golpeó cuando recibí una cédula con la palabra *extranjero* arriba de mi foto y un número en serie que me identificaba; comenzaba mi vida como residente, caí de sentón, me cortaron el ombligo como a Aureliano.

Al salir de mi país, añoraba el momento del regreso y sentir esa calidez del abrazo paisano, con olores, sabores y colores que consideraba propios, sin embargo, de vuelta en México nada fue igual, esos olores, sabores y colores ya no eran míos, sentí el exilio, todo a la vez era ajeno pero conocido, y para abrir más la herida, cada sello en el pasaporte al salir o entrar era uno en el corazón, como si un letrero con la palabra “traidor” lo llevara a la vista de todos pues mi lugar de nacimiento jamás cambiaría.

“Más si osare un extraño enemigo, profanar con su planta tu suelo” –se canta en el himno nacional mexicano, refiriéndose a aquel extranjero que se atreva a invadir la nación. Sin embargo, actualmente y de manera coloquial, los mexicanos se refieren a

“*masiosare*” como un ente y no como una acción. Al dejar México, te conviertes en éste, un extraño enemigo, no importa el motivo y comienza a surgir lo que Freud (2020) llamó “*unheimlich*” tratándose de lo turbio y siniestro proveniente de lo familiar, término que se desarrollará para referir a esa extrañeza en lo ya conocido una vez después del cambio.

Debido a la necesidad de validación de mi ahora confusa identidad, nace una constante búsqueda del pasado para contrastarlo con el ahora, como una forma de prolongar el recuerdo y, como buena mexicana, honrando su muerte. Es a través de la expresión corporal e instalación que intento volver la vida a lo añorado, no obstante, fue mi primer regreso a México lo que dio el impulso a resignificar lo material para aludir a lo perdido.

En este retorno, dentro de lo que fue mi querida casa, un aura de tristeza e ira avivó mi herida y culpa por ser un *masiosare* al presenciar la siguiente escena: la alfombra de lo que fue el living –el corazón del hogar– antes vigorosa, suave y pulcra, ahora hecha rollo a medio podrir arrumbada en la azotea, fue tanto su tiempo inerte en aquella tumba improvisada que un árbol de aspecto extraño había crecido de ella. El nacimiento de ese ente horroroso, símbolo del tiempo, alimentándose de la representación de mi antigua vida y todos mis amores arrebatados por la muerte me hicieron llorar. Mi *mexicanidad* repetía a gritos: “da a conocer quien fuiste, aunque te duela”.

Es por eso que en el presente ensayo reflexionaré con respecto a la muerte desde un enfoque diferente, partiendo de la falta de mi hogar en torno a la figura materna y la dualidad que comparto al ser migrante, entre la vida que nace a partir de la pérdida de algo o alguien, la búsqueda de respuestas, el constante cambio y los estragos de cualquier ausencia, los cuales obligan al viajero a recluirse en un *limbo* en el cual lucha por dejar de y comenzar a pertenecer sin resultado alguno. El migrante muere al viajar, siente la necesidad inalcanzable de volver a encontrarse en medio del caos que conlleva separarse y volver a nacer, es decir, recibir su nueva identidad.

LA MUERTE

I

Para poder relacionar la migración con la muerte es necesario desarrollar los criterios que cimientan las bases del enfoque que tiene este ensayo. La muerte forma parte de la vida del ser humano desde sus inicios, esta ha sido motivo de investigación, base de creencias y cuestionamientos existenciales que son inspiración de infinidad de libros, poemas, obras, películas, imágenes, novelas, canciones, representaciones artísticas, así como un sinnúmero de intentos de definirla por parte de filósofos, escritores y artistas que con el transcurso del tiempo han ideado las convicciones que se tienen tanto de la muerte como de la vida en la sociedad actual, creencias que no han cambiado mucho pues ninguna afirmación ha podido ser confirmada.

Juan Luis Trueba Gutiérrez (2007), profesor asociado de neurología y presidente de la asociación de bioética fundamental y clínica en el Hospital Universitario Doce de Octubre, desglosa los aspectos y consideraciones en cuanto a *la muerte clínica*, la cual es el cese de los procesos vitales del cuerpo humano para posteriormente dar paso a una etapa distinta, la descomposición y desintegración del cadáver en donde este atraviesa otra serie de cambios en su composición, la necrosis. En este ámbito, los restos de una *muerte física* ofrecen una gran oportunidad de estudio para realizar mejoras en cuanto al cuidado y tratamiento de enfermedades o la creación de herramientas que enriquezcan nuestra calidad de vida, sin embargo, sigue sin haber respuesta a qué sigue después.

A partir de esto, y ahondando en la ramificación de los aspectos físicos, deben considerarse los problemas éticos a los que el cese del cuerpo puede deberse, es decir, a causas no naturales sino a situaciones más puntuales como una *muerte biológica* —por enfermedades producidas por el modo de vida que el individuo ha llevado, como lo sería un cáncer de pulmón gestado en una persona que ha fumado toda su vida —; otra causa es un deceso debido a las normas sociales como lo es una *muerte civil* — el derecho jurídico de privar de la vida a un recluso por medios como la inyección letal —; así como una *muerte de carácter violento* —por consecuencias provenientes de factores externos, por ejemplo un asalto a mano armada o un atropellamiento —.

De la misma forma que la *muerte física* se presenta –eutanasia, suicidio, enfermedad, vejez, etc.–, también pueden surgir inmensidad de respuestas ante la pérdida, sin embargo, Buenaventura Pérez Fernández, profesor de filosofía del I.B de Guadix, menciona que el miedo, la angustia, la ansiedad y la culpa – entre muchos otros aspectos– hacen aparición y son considerados normales al ser indispensables para que el doliente pueda salir del agujero que ésta deja, sin embargo, estos mismos aspectos pueden estancarle, es decir, la primer base y síntoma de nuestro enfoque, el de la *muerte emocional*: “El miedo a la muerte es un fenómeno normal y común, siempre y cuando no se convierta en obsesivo” (Pérez, 1994, p. 165); la muerte de Nani fue mi primer síntoma.

No hay palabras que puedan describir con exactitud mis sentimientos hacia mi segunda madre, sin embargo, ella ha sido el motivo de inspiración para hablar de la muerte desde un *enfoque emocional* a través de mi experiencia al perderla:

NANI

En la tierra conocida como el ombligo de la luna, un alma dañada y sufrida se afrontaba al día con temor y fuerza a la vez.

Una pena sobre otra le fue ocurriendo y la carga del dolor fue tanta sobre su corazón que se creía a sí misma perdida.

El tiempo convirtió su desconsuelo en ira y así caminaba sin rumbo, a la defensiva y sin sentirse comprendida.

A la par de su martirio, por otros rumbos nació una pequeña perdida, que por uno que otro abandono llegó sin pensarlo a su vida.

Ella se refirió a su persona como "Nani", una mezcla entre nana y mamá y fue esta

Llegó la luna menguante al ombligo de la luna y con ella Nani se convirtió en luz y cenizas.

Se la entregaron en una cajita y la niña desconsolada solo podía pensar...

En el momento en que se vieron y hablaron por última vez, ¿no habría otro más?

En todas las promesas que hubo y que habría por haber. ¿Ya no se cumplirán?

No volvería a escuchar su voz, a ver el brillo de sus ojos abiertos, las risas se acabaron, no la llevaría ahora que sabía manejar, su lugar en su graduación quedaría vacío, no habría otra vez.

la palabra con la que le explicó su relación a la niña.

Las semanas se convirtieron en años y el amor entre ambas cobró vida, no había una sin la otra los 365 días.

Dicen que no había persona en el mundo que conociera mejor a la niña. Ella era la razón de sus risas, recibía sus malestares y secaba sus lágrimas.

Madre e hija se auto nombraron por el resto de la eternidad...

¿Nani? ... - ¿Sí? - responde sin falta como siempre.

¿Te duele? - Pregunta la primera vez que la vio con vestigios de la enfermedad.

Si, pero voy a luchar por ti- responde sin falta como siempre.

No obstante, el universo no lo decretó así.

Nani no formaría parte de su adultez y la niñez que con tanto cariño cobró vida murió con ella enseguida.

La niña se quedó con toda prenda que atrapara su olor a jazmín, atesoró cada una de sus fotos para no olvidar el lugar de sus pecas, le escribió un sin fin de cartas, mensajes y le dedicó cada uno de sus días solo a ella.

¿Nani?... - Preguntaba sin descanso esperando respuesta... - En cada una de sus súplicas no hubo contestación.

Con el transcurso del tiempo, se sabe que la niña viajó a unas tierras lejanas e incluso desde ahí no deja de llamar por su mamá...

Ella se olvida que Nani hoy está en todas partes y se pierde en su mente enfrascada en volver a verla.

Lleva un hueco en el corazón que se agranda con cada luna menguante.

Texto dedicado a Nani en performance. "NANI (2022)".

Madre no es únicamente quien da vida, madre es la que cría; mi relación con Nani comenzó antes de que yo fuera siquiera un pensamiento, lo importante es que tomó el camino que la llevó a encontrarse conmigo, para rescatarme, sin compartir una sola gota de sangre, pronto la situación llevó a que me convirtiera en su hija y ella en mi madre; ambas cubrimos una carencia, ella buscando reparar las culpas de haber perdido una hija, y yo que sin pedirlo o entenderlo encontré en ella la figura materna que necesitaba, juntas construimos un mundo en donde una era necesaria para la otra; no fue hasta que llegó la enfermedad que ese mundo se tambaleó.

Algunos consideran la muerte natural como súbita o repentina, sin embargo, lo cierto es que todo tipo de muerte sobreviene sorpresivamente. La muerte de Nani fue inesperada –dentro de lo ya sorpresivo– pues fue una muerte que pasó de ser inesperada a una cuenta regresiva exageradamente lenta e inalterable –desesperadamente había que aguardar por el muy notorio fin– y dicha espera estuvo cargada de complicaciones médicas, dolor y agonía, el tortuoso fin, que se dio en tan poco tiempo, llegó a parecer eterno. No tuve tiempo de procesar lo que pasaba, era mi primera experiencia realmente cercana con la muerte, y la estaba teniendo con quien consideraba mi madre, la estaba perdiendo, me la estaban quitando. Poca idea tenía de que su partida sería uno de los motivos de mi decisión de irme a otro país.

Por otro lado, dejando de lado lo físico, la muerte desde un enfoque *espiritual* ofrece un reparo a otro tipo de incertidumbre. Lo que se concibe como el *alma* es un término abstracto adaptado en distintas civilizaciones y culturas, con la creencia de una vida posterior que ha llegado a ser pilar de las bases de muchas de las distintas religiones. El cristianismo, por ejemplo, relata en el Génesis a Dios creando al ser a su imagen y semejanza sin mencionar muerte alguna al considerarse al hombre como una criatura divina, no obstante, es cuando este desobedece que la muerte se hace presente por un quiebre, que le condena a una vida terrenal cargada de sufrimientos y tentaciones, cuyas consecuencias serán pagadas por su *alma*.

Posteriormente, desde el siglo XVI para los creyentes españoles la inmortalidad del *alma* y su superioridad sobre el cuerpo terrenal, dejaban a la muerte como algo no definitivo (Lomnitz, 2013), algo por lo cual no vale la pena preocuparse pues el hecho de que nuestra verdadera esencia se encuentre albergada en un cuerpo perecible, del que ésta será capaz de librarse para seguir su camino, nos brinda una especie de defensa ante la temida nada y el castigo, una vez muertos el *alma* estará en paz, solo hay que “portarnos bien”; este tipo de muerte la experimenté con la partida de mi Abue, quizás su firme convicción de encontrarse con Dios y de liberarse de todo dolor, fue la que me dio paz al pensar su *alma* en un mejor lugar.

Si contar con dos madres es un regalo, contar con tres es un tesoro, y yo siempre vi a mi abuela materna como tal, una reliquia, alguien valioso, mi tercera madre. Yo tenía dos años cuando comenzó a vivir en mi casa, nos convertimos en una triada, la de abuela, Nani y yo, sin embargo, en el momento fue fácil no verlo, pero los papeles se invirtieron

con el pasar de los años, ¿cómo no me di cuenta? De pronto, ella ya no cuidaba de mí, yo la cuidaba a ella.

El día de su muerte, se me mostró otra de las caras que ésta podía tener, una que dolía igual, pero que a la vez era distinta, esta partida no me golpeaba, no me hacía sangrar ni aterrorizaba, solo se sentaba a mi lado en silencio y juntas, irónicamente, revivíamos cada momento con mi Abue, sin embargo, a pesar de todo, la sorpresa fue inevitable, así es la muerte, por lo que finalmente lloré, ella merecía mis lágrimas también, pero aquel llanto fue cálido y dulce. Su partida fue otro paso, significó un gran *cambio*.

Hasta ahora, los puntos de vista *físico* y *espiritual* de la muerte involucran solo a aquel cuyo momento ha llegado, sin embargo, el cuestionamiento persiste para los que seguimos a la espera, y es aquí donde nace nuestro enfoque de la muerte, el que no se clasifica dentro de los dos anteriores de manera concreta, al ser el que se da para quien continúa viviendo, una perspectiva más *emocional*.

Es precisamente estando con vida que se cuenta con un pensamiento racional —propio del ser humano — y lo cual llega a actuar como arma de doble filo cuando fallidamente se trata de encontrar una respuesta concreta sobre nuestra existencia y su fin, pues a pesar de tener acceso a un infinito debate de teorías hechas en distintas épocas, como por ejemplo Sócrates y Platón quienes en términos generales, retratan al cuerpo solo como aquella oportunidad del ser para purificar su *alma* antes de morir, es decir volver a ser parte de lo importante, el mundo de las ideas (Bernal, 2015); no obstante, entre más teorizamos más parecemos confundirnos acerca de lo que de por sí, no tiene sentido.

Sin embargo, hay que detenerse en personajes más cercanos en el tiempo como el escritor de origen lituano Emmanuel Lévinas (1994), quien se apoya en la premisa que tienen distintos pensadores al considerar fundamental el tiempo previo a morir. No obstante, nuestra perspectiva parte del enfoque leviniano, en donde a través de sus diferencias —especialmente con Martin Heidegger— habla de la muerte desde ambos extremos, el que se va y el que se queda.

En una serie de conferencias tituladas “*Dios, La Muerte y el tiempo*” (1994), el autor sugiere que la muerte es un lapso carente de sentido, sorpresivo e incomprensible; atendido a la duración del tiempo, es el momento en donde el único acto de voluntad que posee el

ser humano es el de rendirse cuando el instante llegue, lo anterior a partir del común acuerdo que tiene con el alemán Martin Heidegger, en cuanto a que la muerte es inevitable, no se puede postergar ni acelerar y representa un punto culmine de la existencia y duración del tiempo relacionado a la esencia del ser, lo que Heidegger llama *Dasein*.

Sin embargo, es también en esto donde el autor difiere con Heidegger en ciertos aspectos, pues sugiere que el filósofo alemán considera que “La muerte es la destrucción de la cosa” (Heidegger en Lévinas, 1994, p. 46) refiriéndose a que todo lo que el ser hace a lo largo de su vida es prepararse para el momento último, en donde todo termina en la nada, es decir, que el ser existe para morir. Por otra parte, nuestro enfoque se centra en el momento de la muerte como el instante del que a partir de, el individuo comienza por fin a existir, es decir, morimos para ser.

Este inevitable momento todos lo tenemos en común y a pesar del disparate de dudas existe una relación individual con la muerte que inconscientemente queremos evitar. “La relación con la muerte se concibe a partir de la estructura formal de la preocupación que constituye la modalidad propia del «estar allí»” (Lévinas, 1994, p. 58). Dado a este pánico se genera una necesidad por validar nuestra vida y existencia, como si esto lograra frenar la cuenta regresiva.

Como sociedad, se disfraza lo horrendo que significa la muerte a través de representaciones comerciales, amigables y burlonas. En “*Historia de la fealdad*”, Umberto Eco (2021) ejemplifica la insistencia por disfrazar nuestro trágico fin plasmada a través de las artes desde el siglo XVI: “Nos esforzamos por olvidarla, ocultarla, relegarla a los cementerios, nombrarla solo mediante perífrasis, o bien exorcizarla reduciéndola a simple elemento de espectáculo, gracias al cual nos olvidamos de nuestra propia muerte para divertirnos con la ajena” (Eco, 2021, p. 62), es decir que, la muerte en general es para todos y es diferente a la que es solo mía, no obstante, esta *muerte universal*, objetivada y generalizada, es precisamente en la que nos refugiamos para escapar del pensamiento de la propia, para poder seguir aparentando que aceptamos y esperamos tranquilamente su llegada.

La ceguera autoinfligida no nos evita el sentir, el poder de la emoción, la cual no tiene representación establecida y es precisamente esta clase de relación la que desarrollamos

desde la perspectiva de la *muerte emocional*, para acercarnos a las repercusiones que una pérdida tiene sobre nuestra conciencia y sensibilidad, pues sabiendo lo que nos espera al experimentar *el cambio* que se produce al perder a alguien, se nos llena la vida de inquietud ante lo desconocido, esto sin olvidar que naturalmente padecemos todo en silencio debajo del frío término de *muerte universal*.

Cuando fui consciente del *cambio* producido por la pérdida, en este caso la soledad y los vestigios de la ausencia, sentí que quien moría era yo, ¿qué tipo de muerte es esta? — me pregunté cada día —. Como mencioné, no sabía que el mayor *cambio*, el de convertirme en migrante, tendría que ver con la búsqueda de mi última oportunidad de relación con una figura materna, con mi verdadera madre.

Si algo puede definir la relación entre mi madre y yo es *el cambio*. Cuando era pequeña, la psicóloga amarraba un pedazo de lana muy larga a mi muñeca y el otro extremo a la de mi mamá, para después pedirle que saliera de la habitación —así yo no podría verla, algo que me aterraba—; mi tarea era jalar el hilo y aguardar. La sensación del mismo gesto como respuesta, para mí era sorprendente y significativa, pues me costaba entender las razones por las cuales mi mamá comenzaba a faltar. El trabajo fue gran motivo de separación, aun así, existieron más *cambios* que modificaron el camino, provocando que la separación física se transformara en una emocional, gran factor de mi peculiar relación con más de una figura materna, así como es la misma razón por la que hoy soy migrante.

El cambio es lo que sienta las bases de *la muerte emocional*, la cual se desprende a partir del enfoque de los vestigios y las repercusiones sentimentales que se producen entre los sobrevivientes ante una pérdida de cualquier naturaleza, como es la de un ser querido, sin embargo, desde el enfoque de este ensayo, una *muerte emocional* puede tratarse también del término de una relación amorosa o de amistad, el extravío de un objeto de valor, la nostalgia que produce un recuerdo, el fin de un momento o instante, añorar algo o a alguien debido a una cosa, olor, color, sabor o sonido, por mencionar solo algunas situaciones en donde *el cambio* se hace presente.

“Ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el hombre ni el agua serán los mismos” — dijo Heráclito de Éfeso. Esta metáfora da cuenta de que *el cambio*

representa una muerte, ya que al verse modificado el más mínimo aspecto de lo que se pierde, éste ya no será lo mismo, será otro y que a pesar de que siga conservando elementos que podamos reconocer en lo que queda después de la transformación, nos guste o no, lo que nos toca es aceptar y lidiar con la nueva situación. No obstante, *el Otro*, es un término que se ha empleado en filosofía para referirse a alguien ajeno a nosotros y quien interviene en nuestra existencia de forma tan invasiva que se torna traumática y codependiente.

En virtud de esta expresividad de su comportamiento -que reviste al ser biológico y lo desnuda más allá de toda desnudez: hasta convertirlo en un rostro se expresa alguien, otro que no soy yo, diferente de mí, que se manifiesta hasta el punto de no serme indiferente, de ser alguien que me afecta (Lévinas, 1994, p. 22).

EL OTRO

II

Un *tercero*, es como Vladimir Jankélévitch se refiere en su libro *La muerte* (1966) a esa figura que marca el límite de nuestra existencia como única. Al darse una extensión de lo propio a algo ajeno, se genera una relación sumamente dependiente, pues el trabajo de este “ente” consiste en poner en tela de juicio nuestra existencia de la misma forma que la válida.

En el caso de mi última y única madre, mis primeros sentimientos no fueron acordes con la situación de alguien a quien le queda una sola “chance” de amor maternal, tenía tres madres y me habían dejado con la que me había dado vida y a la vez, la que menos conocía.

La última vez que estuve tan cerca de mi madre fue mientras me encontraba dentro de ella, indudablemente éramos inseparables. Fue a partir de que me cortaron el cordón que el tiempo se encargó de llevarnos por caminos paralelos, pero separados, sin embargo, nunca he dejado de ser una extensión de su sangre, tengo sus ojos y su misma forma de caminar –siempre viendo hacia abajo–. Para el momento en el que la vida nos dejó solo a las dos, no conocía nada sobre ella, ni ella de mí, una extraña la una para la otra, sin embargo, resultaba irreal que aquello que más teníamos en común fuera que ambas habíamos perdido a nuestra madre, ¿era eso posible?

“Mamá trabaja, mamá compra, mamá se tiene que ir”, es lo que en mis primeros años asociaba al hablar de ella, siempre intentando comprender por qué teniéndola me habían asignado a otras dos figuras maternas. Y fue el tiempo el que me mal acostumbró a preferir el cariño por parte de *Otros* e invisibilizar el amor reflejado en el esfuerzo por parte de mi madre –de que nunca me faltara algo–, en este tiempo eso no me importó, la sensación de abandono fue más grande que el inmenso amor y entonces nos volvimos ajenas, como si al nacer me hubiera convertido en *Otro* para ella, al igual que una *muerte física*, la separación se hizo presente ¿cómo dos personas que habían sido una sola, podrían estar tan separadas?

Emmanuel Lévinas se refiere como *el Otro* a aquella figura que no soy *Yo*, pero el cual brinda significado y valor al tiempo sin importar que sea pasado, presente o futuro y por el que se nos asigna una responsabilidad al vivir.

El Otro no es un yo situado en la otra orilla, sino que se presenta siempre a distinto nivel. Es, por una parte, el huérfano, la viuda y el extranjero indefenso y necesitado ante el cual soy rico, o es el Altísimo ante quien me siento indigno. Mejor dicho, es las dos cosas al mismo tiempo (Guillot en Lévinas, 1961, p. 37).

En pocas palabras, si vivimos y no hay nadie para saberlo es como si no existiéramos, de igual manera que no significa nada si morimos y no está ese *Otro* para sobrevivir a nuestra partida, esto nos convierte en *el Otro del Otro*; exactamente como ahora lo éramos mi madre y yo.

Pero ¿qué o quién es *el Otro* por el que se llora en *la muerte emocional*? Anteriormente cuando se le da rostro *a ese tercero*, se habla de un ser igual a mí, es decir alguien, sin embargo, ya recalcamos que desde la perspectiva *emocional* la muerte es *cambio* y cualquier cosa es capaz de verse modificada según sea la situación, por ende, el silogismo nos dice que cualquier cosa puede morir y con cada muerte viene un duelo, *la responsabilidad del superviviente*.

En “*El tiempo, el otro y la muerte a través de Emmanuel Lévinas. Teología y vida*”, Fredy Parra (2009) reconoce *la responsabilidad* con la que cargamos al sobrevivir ante la pérdida *del Otro* como lo que nos invita a dotar de significado al valorar la extensión del tiempo entre el pasado y futuro, en pocas palabras, el presente, y por lo tanto la vida que se conforma de todo aquello que amamos, añoramos y que queda inscrito en nuestro ser cuando sufrimos y extrañamos, el luto.

Sin embargo, la tendencia a evadir es instintiva, por lo que sufrir por la muerte *del Otro* representa otra escapatoria del *Yo*, de lo que me involucra, pues es el único acercamiento que tenemos ante la muerte mientras se prolonga la espera del temido momento propio. Es debido a ese miedo por sucumbir, que se siente la amenaza al ser conscientes de la sombra de nuestra propia hora, todo el tiempo al asecho y que trae como consecuencia una vista aún más perturbadora de la muerte, la de *la agonía*.

Agonizar da inicio al proceso que significa morir y provoca que *la responsabilidad* se vuelva aún más profunda, pesada y amenazante, esto debido a la repercusión emocional al ser ya conscientes de nuestra próxima ausencia y *emocionalmente* estar temeroso de que falte aquello que nos es valioso; como fue el proceso de perder a mi Abue.

Es difícil aceptar que inconscientemente esperamos que la vejez sea la primera en verse cara a cara con la muerte, es una muerte esperada, sin embargo, mi primera pérdida me mostró lo que puede atormentar *el alma*: la culpa, ganas de pedir perdón y de dar gracias, por lo que mi Abue y yo decidimos reír todo lo que pudimos, no me cansaba de escuchar una y otra vez sus historias –aunque no se acordara que ya las había contado–, fuimos a donde quiso, comimos lo que se le antojó, cantamos a todo pulmón, todo pensando en lo inevitable; fue diferente, nos quedamos tranquilas.

Por otro lado, vivir en *la agonía* inevitablemente significa imaginar constantemente una vida sin aquello que amamos, lo que nos convierte en una especie de “asesinos” al matar de forma no literal, pero constante (Lévinas, 1994). Cuando imaginamos la penosa situación de pérdida, nace un remordimiento acrecentado por el comportamiento que se nos condiciona a través de normas sociales, morales y culturales. Un ejemplo es el Quinto mandamiento católico “No matarás”, o como es el caso de la cultura mexicana en donde honrar a *la huesuda*, *la flaca* o *la calaca* genera una relación de romance travieso (Lomnitz, 2013) y sanador por medio de tradiciones como la del Día de muertos para aliviar la culpa de ser “asesinos”.

Al enfrentar la muerte de Nani, con el pasar de los meses me convertí en una “asesina” pues no dejaba de temer e imaginar perder a otro ser querido tan abruptamente como sucedió con ella, esto se convirtió en un miedo irracional que solo acrecentaba el vacío, pues quería que me la regresaran y a pesar de llorar, gritar o rezar, eso no iba a pasar: “El hombre supera lo impensable de la muerte postulando en su lugar –en el lugar de la muerte y del pensamiento– el amor materno” (Julia Kristeva, 1987, p. 223). Pero ¿qué debía hacer yo si no tenía cerca a ninguna de mis madres? No quería imaginarme siquiera la posibilidad de perder por tercera vez a mi mamá.

Para lidiar con el dolor y culpa de sobrevivir, buscamos de cualquier manera venerar u honrar la pérdida, pues es el sufrimiento por emoción, el cual proviene de la ira, el que

se considera mayormente más digno de representación (Sontag, 2004). Padecer este remordimiento es algo que además de la muerte tenemos en común y que como artista visual considero fundamental a evocar en mi trabajo, con la intención de abarcar la muerte tocando fibras de esta culpabilidad compartida.

“Tu tristeza la externas a través de la ira” — repetía constantemente mi psicóloga, Gina cuando nada aliviaba mis culpas y dolor debido a la impotencia de siempre perder ante la muerte, de ser una asesina, de ser sobreviviente, pues al cargar con el enorme peso de la *responsabilidad* por sobrevivir a las muertes de mis dos eternas compañías, junto con la *agonía* por la futura muerte de la tercera, se acrecentaban las culpas, peleas, rencores y exigencias entre mi madre y yo, debido a que en algún momento habíamos pausado la relación y siempre supimos que había que retomarla.

Repentinamente me encontré dando vueltas dentro de un ciclo caótico entre extrañar, la falta de respuesta y el desahogo para volver al inicio en poco tiempo, sin embargo, la única satisfacción a pesar de nunca ganar, es generar un vínculo lo suficientemente fuerte con la vida al valorarla cumpliendo con la *responsabilidad* que se nos ha asignado, para poder forjar nuestra propia identidad y dejarle algo nuestro a quien se queda, siendo esta última una de las razones por las que decidí ser migrante y ser artista, *la trascendencia*.

Hasta este punto hemos tomado la perspectiva de la *muerte emocional* basándonos en la relación estrecha de la muerte, *el Otro* y el individuo, ya sea que viva o muera. No obstante, al no tener el control de evitar que nuestra existencia sea olvidada después de nuestro deceso, nace en nosotros ver por quienes la muerte se llevó primero para apaciguar *la agonía* —si lo hago por alguien quizás otro lo haga por mí—. El sentido de *trascendencia* es una consecuencia de ver por *el Otro* y lo que da valor a la vida, a pesar de que permanecer en la de los demás no se dé por un acto de verdadera consideración, sino como un acto de redención.

A partir de las perspectivas de otros pensadores con respecto al valor de la muerte, el *enfoque emocional* va estableciendo su postura: “[...] para Kant, la muerte constituye el límite de lo que puede conocerse” (Lévinas, 1994, p.81), “Según Hegel: [...] la muerte no es ni una cosa ni una persona, sino una sombra” (Lévinas, 1994, p. 106), “[...] estas expresiones de Jankélévitch [...]: «La muerte es más fuerte que el pensamiento; el

pensamiento es más fuerte que la muerte»” (Lévinas, 1994, p. 124); Sin embargo, es la perspectiva que involucra *al Otro*, proveniente de la contra parte de «*ser para la muerte*», la que nos interesa:

Así ocurre en Heidegger. Para él, la muerte y el tiempo se conciben como modalidades del ser en calidad de ser. La muerte es el final del «estar en el mundo» y, como tal final, se interpreta a partir del «existir para la muerte» (Lévinas, 1994, p. 72).

Esto es clave para entender *la trascendencia* desde el enfoque *emocional*, pues lo importante de *trascender* se halla en la huella de nuestra existencia, tanto para quien se va como para quien se queda, a partir de la línea que traza la muerte. *El movimiento de la trascendencia* es causante del descontento que nos provoca la situación en la que la muerte del *Otro* nos sitúa. Se entiende como un movimiento a través *–trans–* y un movimiento hacia arriba *–scando–* (Lévinas, 1961).

Dichas transiciones se llevan a cabo metafóricamente con nuestra existencia, por lo que, al hablar de *trascender* en la *muerte emocional*, nos referimos a la elevación del valor de la vida cuando nos atravesamos en la *del Otro* –a partir de nuestra y su muerte– ya que, sin las repercusiones de *un tercero*, quedaríamos perdidos en el vacío de la nada, lo cual es posible, pues se puede morir sin *trascender*, pero para *trascender* forzosamente hay que morir. Sin embargo, desde la perspectiva *emocional*, quien *trasciende* provoca la muerte de quien le sobrevive, se vuelve un muerto aún con vida, aunque esto se piense imposible.

De vuelta con Vladimir Jankélévitch, este da cuenta de la validación del *Otro* hacia la muerte por medio de tres personas: *La primera persona* consiste en la muerte del *Yo* –la propia–, *la segunda* es la del *tú* –la del *Otro*– y *la tercera* más que una persona se trata de la muerte como concepto general –la de todos–. “Cuando la muerte está tú no estás” (Jankélévitch, 2009, p. 123). Estas limitaciones hacia *la primera persona* resultan obvias al tratarse de una muerte física, puesto que si no existimos no podemos morir, y que si la muerte nos llegó eso quiere decir que no nos encontramos con vida.

Jankélévitch prosigue diciendo que solo el tiempo futuro del verbo *morir* puede ser utilizado por la *primera persona*, es decir que *Yo* puedo decir que *moriré*, pero solo la *segunda persona* podrá emplear dicho verbo relacionado a mi muerte en pasado y sobre todo en presente; *Yo* no puedo afirmar que *morí* o que *muero* sin referirme a algo no literal, solo el *Otro* puede hacerlo. En cuanto a gramática no hay error, no se puede morir en presente.

No obstante, un estudio comparativo por parte de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCUYO) en Argentina, entre el *Diccionario de la lengua española (DLE) (2016)* y el *Diccionario de uso español (DUE) (1966- 67)*, presenta una serie de eufemismos referidos a la muerte. Dentro de la *figura 4* del artículo lexicográfico de la palabra muerte en el DUE, se encuentra en penúltimo lugar el término “*luchar con la muerte*” definido como: “Resistir mucho tiempo en la *agonía*”, mismo término que mencionamos para hablar de morir. La *muerte emocional* es precisamente esta lucha, la que se da y por la que se sufre en vida debido a la *trascendencia*.

Jankélévitch también da vista de una posibilidad de la muerte en vida hablando de ésta como aquello desconocido que da sentido y resulta fundamental para existir; esta se presenta como pequeñas pérdidas que culminan en lo que, quienes sobrevivimos ya sabemos, la pérdida de todo, la ausencia de lo tangible. Morir para el autor comienza al vivir y dejar *la agonía*, para tomar el riesgo aún a sabiendas de que lo que nos espera, para no “desperdiciar” nuestra existencia petrificados por la llegada de lo que llama “la gran muerte” (Jankélévitch, 2009, p. 247), esto dota de significado vivir.

Pero ¿existe la opción de no tomar el riesgo? Si morir es arriesgar la vida para valorarla, quienes no se arriesgan ¿en dónde quedamos? *La muerte emocional* proviene de algo aún más puntual que solo encontrarse con vida, abarca precisamente este estancamiento: “Morir es vivir en el recuerdo”. (González, 2019).

La comparación entre el DLE y el DUE destaca tres aceptaciones con carga metafórica que se tienen para hablar de la muerte, *el primero* de ellos: sentir muy intensamente algún deseo, sentimiento, pasión, memoria, recuerdo, entre otros; es esta aceptación la que suma lo albergado en la memoria, como causa de la perspectiva de este ensayo, en donde recapitulamos para adicionar lo siguiente: *cambio* es sinónimo de muerte, *yo trasciendo*

cuando muero, todo a partir del *recuerdo*; Todo en el tiempo prohibido en un inicio según Jankélévitch, *el presente*.

Pero ¿qué produce y alimenta un recuerdo? la respuesta es la emoción, y para dar cuenta de la migración como *muerte emocional* según lo estipulado, es preciso indagar en las consecuencias de las razones –anteriormente descritas– que me llevaron a convertirme en migrante y mantenerme estática en *el presente*, pausada entre el pasado y futuro.

El presente es el limbo del tiempo y de la misma forma, *morir emocionalmente* para el migrante, significa encontrarse entre la tierra que deja y a la que llega a vivir; deja de pertenecer en cualquier extremo, queda varado en un eterno *limbo*.

LA MIGRACIÓN COMO MUERTE

III

El poeta y novelista antillano Édouard Glissant en “*Poética de la Relación*” (2017), reflexiona con respecto al choque que conlleva la interacción entre las diferencias que puede tener el ser humano; al inicio menciona un *abismo* para hablar del cambio de ubicación, al adentrarse en un océano en el que se viaja sobre *una barca*, en donde da cuenta de la importancia del instante en donde al mirar atrás, no se ve la tierra desde donde se zarpa, así como al mirar hacia el frente no ves nada más que horizonte; no hay señal de donde encallar, te encuentras acogido por el vientre imaginario de *la barca*, aguardando, lo que da paso a la creación de una futura relación con *el Otro*. El *abismo* de Glissant, es el *presente* prohibido de Jankélévitch, es el *limbo* de nuestro enfoque.

El *limbo* es ese lapso donde aflora el terror, pérdida y luto que surge al mirar a la nada que se genera por dejar el lugar de origen, la incertidumbre: “[...] para que estas costas tomen cuerpo, y antes de que estas puedan divisarse y aun, sin ser todavía visibles, ¡cuántos sufrimientos de lo desconocido!” (Glissant, 2017, p. 40). No obstante, no sólo el porvenir genera angustia, el *recuerdo*, como ya vimos, trae consigo un aura que envuelve lo ya conocido de una forma tenebrosa y nostálgica, lo que Sigmund Freud explica en “*Lo siniestro*” (2020).

“Lo propio de la casa, no extraño, familiar, dócil, íntimo, confidencial, lo que recuerda el hogar, etcétera” (Freud, 2020, p. 9-11) es denominado como “*heimlich*”, sin embargo, al ser explicado como algo libre de fantasmas, es lo “*unheimlich*” lo que se refiere a los sentimientos y emociones que reflejan lo espantoso y siniestro proveniente de lo familiar (Freud, 2020), y es la definición que describe mejor el momento exacto de desborde emocional, pérdida y separación que experimenté al convertirme en migrante.

Hay aproximadamente 184 millones de personas que dejan su lugar de origen al año, y sin duda alguna, cinco años atrás, la migración no era motivo de angustia ni sentimiento alguno en mi vida. En ese tiempo no sabía siquiera la localización de Chile en el mapa y mucho menos imaginaba que se convertiría en mi hogar, mi nueva vida, yo pasaría a formar parte de esta cifra millonaria. *Migrar* es definido como el desplazamiento

geográfico de individuos o grupos, generalmente por causas económicas o sociales. (Real Academia Española, 2014, definición 2). Pero ¿qué pasa con las causas emocionales?

México lindo y querido, si muero lejos de ti, que digan que estoy dormido y que me traigan aquí. ¡Que digan que estoy dormido! y que me traigan aquí. México lindo y querido, ¡si muero lejos de ti!” (Monge, 1945).

Como se dijo en la introducción, cualquier cosa que implique un *cambio* podría desarrollarse a profundidad para ubicar cada uno de los elementos de la perspectiva *emocional*. Dejar el país, la tierra y el mundo que te vio nacer significa un *cambio* considerable. Dejé México gradualmente, no por una necesidad económica, no por estudios, no por trabajo, sino por una serie de hechos en cadena relacionados con la muerte de *un tercero* que anunciaban los últimos latidos de mi vida como la conocía.

No podía describir mi sufrimiento con palabras, lo cierto es que era debido a haberme encariñado en otro lado, con *el Otro* y parecía irreparable, por lo que al navegar nuevamente en la soledad —de la que creía haberme librado— fue que decidí emprender el camino que me llevaría al lugar que desde mi nacimiento me correspondía, con mi madre, a su lado para conocerla y eso era a 8 mil kilómetros de distancia; un *cambio* quizás más grande que el de la propia muerte —uno que me acercaría a ella— sería el que daría comienzo a un nuevo duelo por una última madre —de la que no tenía idea—, la patria.

Es curioso entonces que al igual que nuestra madre, la tierra nos vea nacer. La matriz que nos liga con el lugar de origen a lo largo de nuestra vida también surge al momento de la muerte pues, enterrar a los muertos remite a la muerte de la misma forma que la madre tierra acuna al difunto, quien se desprende de su mortalidad y lo devuelve con los suyos. La madre y la tierra entonces toman otro significado, van más allá y es con los nuestros que forjamos nuestra *identidad*.

La creencia en la madre tiene su raíz en el miedo fascinado a una pobreza: la pobreza del lenguaje [...] —quiero creer— que hay alguien [...] antes de que hable, antes de que la lengua me haga ser a fuerza de fronteras, separaciones y vértigos (Kristeva, 1987, p. 222).

Fue en mi madre donde encontré ese *alguien*, el refugio ante la muerte, ante la pérdida y ante *la distancia*, pues al final es con los tuyos que puedes sentirte un poco más cerca, un poco menos culpable. “Leche y lágrimas” describe Kristeva (1987, p. 221) como metáfora del no lenguaje, y es lo que describe mejor nuestra actual relación, pues el *abismo maternal* entre nosotras era evidente, ya que años de separación se sentían como si ella fuera mamá primeriza y yo hubiera vuelto a nacer en Chile, quizás algo necesario; no hubo palabra alguna entre nosotras, sin embargo, ambas sentimos instintivamente el inmenso cariño que, sin saberlo, había estado siempre latente.

“La ley humana corresponde a las leyes de la ciudad, del Estado [...], de acuerdo con la ley humana, consiste en vivir la vida social [...]. Es la familia, que se remonta a los oscuros orígenes de todas las cosas” (Lévinas, 1994, p. 99), pues al funcionar como el primer mundo con el que tenemos contacto, es al cuidado de “los nuestros” que la identidad se va construyendo, se convierte en nuestra *raíz*.

De forma implícita, al nacer somos un libro abierto que comienza a llenarse gracias a la cultura, es decir, la región, el territorio, tradiciones y condiciones en las que nos ha tocado nacer. No obstante, algo tan aleatorio puede insertarse en nuestra vida de forma un tanto caótica y brusca, en palabras del historiador, filósofo y lingüista Tzvetan Todorov: “Lo que en cada país se llama cordura, no es más que la locura que le es propia” (2007, p. 30).

Con el tiempo, la forma de vida se naturaliza por lo que, ante cada estímulo, es el refugio en la experiencia y respaldo con los nuestros, lo que nos permiten reaccionar y aprender a conocer cada vez mejor las características que van nutriendo nuestra propia identidad, abriendo paso a *las costumbres*, nuestra *raíz* va creciendo.

“El ser vale por su raíz” (Todorov, 2007, p. 51), pero si bien *las costumbres* son las forjadoras de nuestra forma de ser y pensar, ¿es *mi raíz* sinónimo de *mi identidad*? Al momento de distanciarme de los míos ¿dónde puedo encontrar aquel respaldo? Es difícil darse cuenta –ya estando lejos– que solemos vivir con una venda en los ojos y cuando esa falsa seguridad cae y se quiebra sobre tierras nuevas, uno puede recoger poco a poco los pedazos, pero indudablemente habrá pérdidas.

“En verdad, la costumbre es una traidora maestra de escuela. Establece en nosotros, poco a poco, a hurtadillas, la marca de su autoridad; pero tras ese suave y humilde comienzo, que la ha asentado y afirmado con la ayuda del tiempo, pronto nos descubre una faz furiosa y tiránica, contra la cual ya ni siquiera tenemos la libertad de alzar los ojos” (Montaigne en Todorov, 2007, p. 54).

Al navegar siempre por las mismas aguas, la vista del ser comienza a nublarse y esconderse bajo una bruma de falsa confianza y sabiduría, sintiéndose capaz de todo, seguro de quien es; mismos factores que son el primer impulso para que un individuo decida convertirse en un “migrante”, utilizo comillas, pues el emprendimiento de este viaje como una elección más que como única opción, está exenta de la situación del país en donde ha tocado nacer, factores económicos, políticos o sociales que “obligan” a la mayoría – en realidad sin opción alguna–; comparar mi situación no haría justicia al verdadero riesgo y reto que conlleva partir, pues muchas veces migrar –debido a la guerra o problemas monetarios–, significa el desconecte, perder el contacto para siempre y muchas veces el fin de la vida.

México es un país hermoso, con una fuerte cultura y tradiciones de las que cada mexicano sin dudarle se enorgullece, *la mexicanidad*. Sin embargo, en el año 2019 marcó un terrible récord en cuanto a la cantidad de migrantes muertos, 810 personas –de las que se tiene registro– fallaron en el intento por cruzar la frontera hacia Estados Unidos, perdiendo la vida en el desierto, dentro del río Bravo o a bordo de la temible “Bestia”; ese mismo año, fuimos aproximadamente 13 millones los que dejamos el país. (Noticias ONU, 2021).

No obstante, me encuentro en medio nuevamente, entre las comillas, no me siento verdadera migrante, no esquivé ninguna bala, no perdí ningún familiar por algún ataque policial, no vivo con el temor a ser deportada, simplemente subí a un avión y dejé todo atrás, y a pesar de no tener comparación, ser un migrante VIP también culminó en mi muerte, *una emocional*, cargada de culpa, misma que ya me acompañaba al dejar el país, y que también me recibió al regresar.

Alejandro Gonzáles Iñárritu, director mexicano, retrata perfectamente esta dualidad del migrante en la película *Bardo: Falsa crónica de unas cuantas verdades* (2022), donde

él mismo se ve reflejado, pues como mexicano dejar tu país te convierte en una especie de traidor o cobarde a la patria, un *masiosare*; soy entonces Silverio Gama, triunfante, sobresaliendo fuera del país pero siendo carcomido por la culpa recordada al volver a México: “Los que nos quedamos somos mártires”—le dicen a Silverio en su regreso y a su vez como si mi familia, amigos o la cara de cualquier compatriota me lo estuviera diciendo a la mía.

Al ocurrir la muerte de mi Abue, tuvieron que esperarme, llegué tarde y a pesar de conocer a cada una de las personas que ahí lloraban, me sentí ajena, extraña, fue la primera vez que me dijeron *masiosare* y quizás la tan esperada ausencia de mi Abue ya me anunciaba que lo sería desde mucho tiempo atrás. En sus últimos años, ella siempre repetía: “Cuando me muera, no los quiero tristes, solo pónganme mi canción”.

Con el atardecer, me iré de aquí, me iré sin ti,
Me alejaré de ti, con un dolor dentro de mí,
Te juro corazón, que no es falta de amor, pero es mejor así,
Un día comprenderás que lo hice por tu bien, que todo fue por ti,
La barca en que me iré lleva una cruz de olvido,
Lleva una cruz de amor y en esa cruz sin fin, me moriré de hastío.

(Záizar, 1974).

Esa tarde le canté sin imaginarme que, quien se había subido a *la barca* era yo, no había nada detrás, solo quedaba un camino de frente.

Por un lado, al tratarse de morir es inevitable hablar de separación, así como al hablar de viajar es indiscutible *la distancia*, para mí en pocas palabras, Chile.

Al llegar a Chile todo era diferente a pesar de ser igual, en palabras de la mujer del médico en *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago: “todo carecía de nombre y para mencionar las cosas había que señalarlas con el dedo” (Saramago, 1995, p. 9). Si bien, al llegar el choque de mundos trae consigo un sincretismo, el cual parece acrecentar la confianza en nuestra identidad, a la vez, nos lleva a descubrir lo que nos es propio a partir de lo diferente y, por lo tanto, a notar *el cambio*, sentir lo extraño, cuestionarse y sobre todo darse cuenta que nunca se volverá a ser el mismo, un “autoduelo”: “Para llegar a

aceptarse en los otros [...] es preciso rechazarse en sí [...] es preciso admitir que “yo es otro” antes de poder descubrir que el otro es un yo” (Lévi- Strauss en Todorov, 2007, p. 106-107).

Al estar lejos, lo que creíamos que nos definía como individuos, se vuelve un arma que atenta contra nuestra existencia, pues a pesar de poder encontrar similitudes o diferencias (Todorov, 2007) a las que fácilmente podamos adaptarnos cuando recibimos nuestra nueva identidad, nunca nos podemos desprender sin remordimientos de la que anteriormente perdimos, ¿soy egoísta al no poder dejar de extrañar? No puedo mirar al frente, pues cada palabra, forma, color u olor lo percibo como de *Otros* y a su vez, no puedo mirar atrás porque la sombra de la culpa me persigue; es como ir por el camino cargando con los restos de alguien parecido a ti en brazos.

El doble mencionado en *lo siniestro* de (Freud, 2020) es aquel al que se le transmiten los procesos anímicos de un componente, dando origen al “*otro yo*”. La cultura mexicana abraza y celebra la pérdida, por lo que no venerar ni honrar a mi fallecido *Otro yo* sería motivo de mera resignación y vergüenza como artista; sería aceptar perder contra la muerte nuevamente.

“La muerte es un viaje” (González, 2019) y viajar conlleva un gran *cambio*, por lo tanto, un inmenso duelo, pues migrar es como vivir dos vidas en un cuerpo, en un extremo de la línea ya no pertenezco pues “preferí” ser más chilena que mexicana y del otro no encajo, pues soy más mexicana que chilena. Pero si es doloroso partir, es más doloroso regresar.

Fue la primera vez que regresé cuando volvió aquel sentimiento extraño, el que se tiene ante la muerte, solo que ahora no se veía como *la física* o *la espiritual*, pero se sentía como un cúmulo de ambas a la vez. Fue la dolorosa cara del tiempo la que me enseñó que mi duelo era *emocional*; lloré al encontrarme con mi casa vacía, la alfombra sobre la cual ellas y yo compartíamos cada tarde, la encontraba de otra forma, nadie la había cuidado, y yo era una de esas personas.



Fotografía tomada en México al encontrar la alfombra dentro de mi casa en diciembre de 2019.

La sensación sorpresiva de la muerte hizo que lo acontecido pareciera caer en la nada –a simple vista yo lloraba por una alfombra–. No obstante, aquella forma de vida y de color negro había nacido milagrosamente de algo parecido a lo que fue la mía; agonizante o posiblemente ya muerta, resultaba hermoso pero doloroso, pues mis entrañas podían sentir sus raíces arrancando las mías, así como todo rastro de *identidad* que tenía, todo aquello que fui.

¿Cómo pude dejar que esto pasara? Yo no lo permitiría: “Quien va a morir está ya muerto y no lo sabe [...] Que hemos de morir es algo que sabemos desde que nacemos, por eso, en cierto modo, es como si ya hubiéramos nacido muertos” (Saramago, 1995, p. 227); La respuesta más lógica a la pregunta era que ya no era yo; Morí entonces, y no me di cuenta.

Sin embargo, el regreso mental me hacía sentir menos cerca que antes (Todorov, 2007), pues estar lejos no te permite reaccionar ante una emergencia, tragedia o celebración, sin embargo, el regreso físico siempre fue difícil ya que al volver es cuando de verdad se nota el paso del tiempo, tu ausencia, algo que no se siente estando en aquel lapso en donde nada parece acontecer, ese es *el presente*, en donde uno está solo y únicamente se dedica a extrañar.

Dicha representación –la alfombra y el árbol– se convirtió en mi motivo de obra, pues era perfecto trabajar con algo que estaba lejos y que “mágicamente” había aparecido para hablar de *la distancia*; a la par mostraría la dualidad de la que tanto hablamos en este ensayo, a través de hacer el mismo ejercicio: la alfombra de mi casa en Chile con un árbol intencionalmente plantado; artificialmente di vida a una imagen parecida, *al Otro*, sin embargo, –a estas alturas pareciera que no tan sorpresivamente– la muerte hizo su jugada y no estuve para evitar que mi perfecto tesoro mexicano fuera arrancado, el duelo nuevamente apareció, me abrieron la herida, fue la misma sensación de vacío al recibir la noticia.

Fue el tiempo el que me hizo convivir obligadamente con este *Otro*, al que veía como un impostor, como mi *Otro yo*, al ser la viva imagen de mis culpas y –contrariamente– era toda representación de mi extrañeza, de mi partida, el que me mantenía lejos, el causante de mi dualidad: “éste es el *masiosare* no yo” –intenté convencerme queriendo evadir mi *responsabilidad*.

Sin embargo, es esta nueva alfombra lo único que tengo, este es *mi presente*, ahora sí puedo protegerle y cuidarle; como lo hago hoy con mi madre, a quien decido dejar de culpar y dedicarme a amar con todo el corazón, defenderla con uñas y dientes y, sobre todo, valorarla. Así la muerte no me volverá a sorprender, solo por esta única vez; casi a la par, tiempo después comenzaron a brotar nuevas fuentes de vida, esta vez de color verde en cada una de las alfombras.

Es por eso por lo que, a través de la instalación, juego con ambas escenas en una línea de tiempo: en un extremo hago alusión al pasado, mostrando la única imagen de la alfombra encontrada en México proyectada mediante veladuras de tela, sobre las que se va difuminando la imagen; tal como el recuerdo se va distorsionando con el tiempo en la memoria; se puede escuchar “*miztemoa noyollo*” –“te busca mi corazón”– la forma más cercana de decir “te extraño” en Náhuatl, lengua original de donde mis raíces fueron arrancadas, acompañado de un llanto por mi madre tierra, por el sentimiento de pérdida debido a mirar hacia atrás.

En el otro extremo de la línea se encuentra lo cambiante, el futuro, el cual significa divisar *al Otro* y en donde se da esta constante lucha, lo que implica enfrentarse

conscientemente al temor producido por *el cambio*, es decir a la pérdida de todo como lo conocemos, incluyéndonos; por medio de una pantalla se presenta la transmisión en vivo de la alfombra mexicana –ahora sin árbol– y es por este medio que se hace alusión a la impotencia que produce *la distancia*, pues a pesar de tratarse de la misma escena, los segundos no paran de correr, nada es estable, todo cambia, *es Otro*; es el sonido del *mar chileno* – ese que me transporta sobre *la barca* hacia quién sabe dónde– y que a la par acompaña mi llanto.

En medio de esta línea temporal se encuentra la alfombra chilena, *el presente, el abismo, el limbo*. Aquí es donde el viajero solo se dedica a extrañar, donde la interacción con *el Otro* es inevitable, donde soy *masiosare*, en donde gracias a mis dos eternas compañías –Nani y mi Abue– mi actualidad se llenó de valor y sentido al ver los ojos de mi última y verdadera madre; por fin *trascendí* al darse la muerte de mi antigua vida.

Como se dijo al principio, cualquier cosa puede ser considerada una *muerte emocional*, pues todo cambia y todo fluye. Sin duda podemos interpretar la historia de la alfombra como el momento exacto en el que pude afirmar en *primera persona* mi propia muerte y en donde comprendí el significado de *la muerte emocional*: dando así la respuesta a una de las preguntas iniciales de este ensayo: SI, se puede morir estando con vida.

Entonces, siendo esto así ¿a dónde pertenezco? No me siento completa en ningún lado, como todo migrante me pregunto ¿qué es lo que debo hacer?: “Lo que Sócrates hizo al final: considerar que una sentencia de exilio contra él era peor que una muerte” (Montaigne en Todorov, 2007, p. 59). Cuando aparece el sentimiento de exilio, sin importar el lugar, pareciera que es mejor no bajarnos de *la barca* y mantenernos en aquel lapso en donde el mar te permite olvidar, porque al dimensionar el fin o el comienzo de la tierra, es cuando preferimos obligarnos a volver a zarpar en lugar de estar muerto en vida; estamos condenados a no ser ni de acá ni de allá.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernal, L. (2015). *La muerte como liberación del alma en Platón y Sócrates*. La Asociación Centro de Investigaciones Socioculturales de Venezuela. Recuperado el día 27 de agosto de 2023 de CISCUVE https://ciscuve.org/2015/02/la-muerte-como-liberacion-del-alma-en-platon-y-socrates/#_edn2.
- Eco, U. & Irazzábal, P.M. (2007). 'El triunfo de la muerte', en *Historia de la fealdad* (p. 62- 71). Edición 2021. Barcelona: Lumen.
- Freud, S., & Hoffmann, E. (1919). *Lo Siniestro, el hombre de arena*. Edición 2020. Madrid, España: Archivos Vola.
- González, D. (2019, 12). *Eufemismos sobre la muerte en el Diccionario de la lengua española y en el Diccionario de uso del español*. Revista Digital Internacional de Lexicología, Lexicografía y Terminología, No 2 (2019). Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ReDILLeT/article/view/27130>
- Glissant, E. (1990). 'Acercamientos. Un abordaje, mil pasajes', en *Poética de la relación* (p. 35- 71). Edición 2017. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Jankélévitch, V. (1966). 'La muerte en tercera, en segunda, en primera persona' (p. 36- 43), 'La muerte de este lado de la muerte' (p. 47- 94) en *La muerte*. Edición 2009. Valencia, España: Pre-textos.
- Kristeva, J. (1987). 'STABAT MATER', en *Historias de amor* (p. 209-231). Madrid, España: Siglo XXI.
- Lévinas, E. (1961). 'El Mismo y lo Otro' en *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad* (p. 57- 124). Edición 2002. Salamanca, España: Sígueme S.A.
- Lévinas, E., Rolland, J. and Luisa, R.T.M. (1994). *Dios, La Muerte y el tiempo*. 3ª ed. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Lomnitz-Adler, C. (2013). *Idea de la muerte en México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Márquez, G.G. (1967). *Cien años de Soledad*. 49ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Debolsillo.
- Monge, J. (1945). *México lindo y querido*. En *México lindo y querido*. Orfeon.

- Noticias ONU. (2021). *2019 marca el trágico récord de migrantes muertos en las Américas*. Recuperado en 13 de octubre de 2023, de Noticias ONU de <https://news.un.org/es/story/2020/01/1468662>
- Parra, F. (2009). El tiempo, el otro y la muerte a través de Emmanuel Levinas. *Teología y vida*, 50(3), 565-598. <https://dx.doi.org/10.4067/S0049-34492009000200004>
- Pérez Fernández, B. (1994). 'Extracto de la conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios "Pedro Suárez" de Guadix' en *La sociedad actual ante la muerte* (p. 157- 174). Recuperado en 09 de octubre de 2023, de http://www.cepedrosuarez.es/docs/boletines/B07_B08_1994_1995_15_PEREZ.pdf
- Peñalver, P. (2010). *Del ser para la muerte al ser contra la muerte. Una reconsideración del vitalismo hiperbólico de Emmanuel Lévinas*. Tesis de grado obtenido aprobada el 25 de agosto de 2010. Universidad de Murcia, Murcia, España.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española*. 23ª ed. Definición 2.
- Saramago, J. and Losada, B. (1995) *Ensayo sobre la ceguera*. (Edición 2022). Barcelona: Debolsillo.
- Sontag, S. & Major, A. (2003). *Ante el dolor de los demás*. Edición 2010. Barcelona, España: Debolsillo.
- Todorov, T (1989). *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. Edición 2007. México D.F.: Siglo XXI.
- Trueba, J. L.. (2007). *La muerte clínica: un diagnóstico y un testimonio*. *Anales del Sistema Sanitario de Navarra*, 30 (3), 57-70. Recuperado en 09 de octubre de 2023, de http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1137-66272007000600005&lng=es&tlng=es.
- Záizar, J. (1974). *Cruz de olvido*. En *Cruz de olvido*. Fábrica de Discos Peerless, S.A.